RELIGION

"Homenaje Benedictino a Jaime Eyzaguirre, Apóstol de la Acción Después de Serlo de la Oración"

Sermón pronunciado en la misa conventual del Monasterio Benedictino de Las Condes el domingo 22 de septiembre de 1968 por Gabriel Guarda O. S. B.

Una vez más nos reunimos en la misa conventual en este Monasterio Benedictino de Las Condes.

Nuestra iglesia no es una parroquia, un santuario, una basílica; no es una Catedral.

Quienes vienen aquí se congregan al llamado de una convocatoria indefinible desde los más distantes puntos de Santiago, desde las más diversas esferas de actividad; son de las más variadas ideas, gustos o tendencias; llegan a esta iglesia ricos y pobres, jóvenes y viejos, muchos niños; cristianos fervorosos, otros que no lo son tanto, aparecidos que vienen a la caza de alguna novedad; vienen otros que no son católicos: aún gente buena que cree en el Unico Dios.

Un llamado misterioso los congrega.

Aunque muchos repiten su venida y se conocen, los más se ignoran, llevándose una impresión profunda que medican, o ideas superficiales, voladeras.

Sin embargo, todos los que llegan, con los que aquí estamos para acogerlos, constituimos una comunidad, una pequeña iglesia, una parcela de la gran Iglesia de Dios.

Domingo a domingo, hasta "ayer", llegó periódicamente a este Monasterio y participó en nuestra Eucaristía un hombre más, confundido en la asamblea del pueblo fiel.

Para algunos desconocido del todo, para muchos, de nombre, para otros acaso minoría, vitalmente querido, parte integrante de sus propias vidas, un hombre singularmente amado de Dios.

Los primeros alguna vez oirían su nombre, al pasar, como un murmullo respetuoso —Ese es Jaime Eyzaguirre, el famoso historiador, se le ve siempre aquí en misa, es amigo de los padres...

Jaime Eyzaguirre, célebre historiador, eso era para muchos, para la mayoría de los ciudadanos de este país, para quienes lo conocían sólo a través de sus obras, de su fama.

Los diarios han publicado la noticia de su muerte trágica y el Gobierno, la Iglesia, la Diplomacia, las Academias, la Universidad de Chile y los Institutos científicos han tributado merecidos honores a la memoria de su brillante inteligencia, de sus ilustres servicios.

Hoy, en esta iglesia que él frecuentaba, en medio de esta comunidad benedictina de la que fue fiel amigo desde su fundación y a la que estaba unido por un compromiso de una especial oblación, en medio de esta pequeña grey del pueblo de Dios, queremos nosotros rendirle un homenaje distinto, el de los testigos de su fe, el de los dilectos beneficiarios de su leal amistad. No es recurso retórico declarar que es imposible, no digo describir, pero ni siquiera sintetizar el mundo de lo sobrenatural en Jaime Eyzaguirre. Por respeto a su modestia quiero dejar en el silencio multitud de espirituales confidencias con que nos privilegió como monjes y como amigos.

Pero Dios quiere también que una ciudad situada sobre un monte no permanezca oculta a los ojos de los hombres, que la candela que El quiere que ilumine, no sea sepultada bajo el celemín (Cfr. Mt. 5,14).—

Jaime siguió fielmente el ejemplo de Cristo y como El conjugó admirablemente el equilibrio de la acción con el de la contemplación. Una acción enérgica, varonil, que jamás calló frente a la mentira, la tibieza y las posturas ambiguas; una acción nutrida en la oración perenne, mejor, continua, viril, a la vez que tierna y sencilla. Fue apóstol de la acción después de serlo de la oración. Su cristianismo no sólo era transparente en sus palabras y escritos, sino en el testimonio de su vida. Los mismos alumnos de su cátedra universitaria eran quienes con religioso recogimiento reunieron semanalmente en su casa a rezar y meditar el Evangelio para luego iluminar su acción en medio de los pobres, en una población de los suburbios de Santiago.

Cuando tantos ministros de la Iglesia, llamados por nuestra profesión a proclamar la buena nueva, nos envolvemos en inacabables tareas demasiado temporales, abandonando nuestro deber primordial de responder a la demanda espiritual de un llamado que nos urge, Jaime Eyzaguirre, apóstol seglar, distrae largas horas de su precioso trabajo intelectual y temporal, para servir, lo que nosotros, por vocación y ministerio tantas veces abandonamos y con vergüenza lo digo, posponemos. Conozco a un joven sacerdote, hombre de Dios, de avanzada y de viva inquietud social que me decía muchas veces era deber suyo visitar periódicamente a Jaime para fortalecer su propia fe. Uno de sus alumnos me decía al día siguiente de su muerte "hemos quedado como ovejas sin pastor".

En contacto directo con la juventud universitaria que acudía a su cátedra en la Facultad de Derecho de la U. de Chile, eran casi tantas las consultas espirituales que atendía como las de su propio quehacer profesional; sufría al ver el abandono de un inmenso sector de la juventud por parte de eclesiásticos sacramentalmente constituidos como pastores, que, es duro pero necesario decirlo, hacían acepción de personas y elegían por exigencias externas a los miembros de una menguada grey.

Jaime tuvo amigos en todas partes, aunque no le faltaron enemigos en sus hermanos de religión. Interesable la conversión de los pecadores, atento a los más alejados de Dios. Por esto respetaba las personas de determinados incrédulos, aun de marxistas, cuando en ellos veía humana hombradez y lógica consecuencia con sus principios que, en cambio, tantas veces miraba ausentes en sus propios hermanos en la fe.

De este claroscuro que a la vez iluminaba y entenebrecía su alma profunda de creyente, brotaban conjuntamente su humildad, su valentía, sus alegrías y sus penas. Católicos hubo, respetables por tantos motivos, a quienes molestaba la definición clara de Eyzaguirre, católicos que cobardemente le retiraban su amistad, que lo mal juzgaban en los corrillos.

Secreto, escondido, anónimo. No lo comprendían, porque no conocían de cerca la profundidad de su ser, la riqueza de su fe que, en cambio, valoraban personas inteligentes de la avanzada de la iglesia, entre ellos ilustres obispos que lo consultaban con el más profundo respeto.

Jaime recibía diariamente por sus enemigos.

Con ser verdaderamente sal de la tierra y levadura en la masa (Mt. 5,13) había llegado a ser la voz solitaria del que clama en el desierto, preparando los caminos del Señor (Mt. 2,3). Mientras unos gritaban ¡Matad!, el recordaba el "No matarás" de la ley de Dios; al violento estallido del odio contestaba con el mandamiento nuevo "amaos los unos a los otros... en esto reconocerán todos que sois discípulos míos, si tenéis amor unos para otros" (Jn. 13,34s). Había en la desafiante postura de Jaime Eyzaguirre algo de un Atanasio de Alejandría, mejor de un Tomás Moro, intransigentes, testarudos campeones de la verdad frente a un estado de apatía y claudicación colectivas. No olvidemos que a aquellos, después de la pifia contemporánea, la historia les dio la razón y la Iglesia los canonizó. El misterioso y trágico desaparecimiento de Jaime en el vigor de su existencia y de sus ideales deja sonando en el aire sus voces de profeta que la muerte reviste hoy de suprema majestad.

Muerte repentina que a todos nos asecha y para la cual estamos generalmente poco preparados. En esta misma iglesia, hace un domingo, escuchábamos palabras luminosas y consoladoras sobre el sentido positivo de la muerte cristiana. Hoy vemos todo eso ilustrado en uno de los miembros de esta comunidad. El estaba preparado: fue como el siervo fiel y prudente a quien el Señor lo pondrá sobre el gobierno de toda su hacienda (Cfr. Mt. 24,45). Con su lámpara encendida aguardó vigilante la venida del esposo que hoy le habrá abierto las puertas para las moradas eternas (Cfr. Mt. 25,10). Hoy podrá decirle a Cristo: "Señor, cinco talentos me entregaste, mira otros cinco gané" y el le dirá "Bien siervo bueno y prudente, en lo poco has sido fiel, te pondré al frente de lo mucho, entra en el gozo de tu Señor" (Mt. 25,14).

Es que en Jaime la semilla de la palabra cayó en buena tierra y dio el ciento por uno (Cfr. Mt. 13,8)... Por eso esta misa es dichosa, no hay túmulos; las pompas fúnebres ceden a las verdes colores de la esperanza. Los ángeles del cielo celebran la ventura de un justo.

Queridos hermanos: Comenzamos hablando de esta comunidad aquí reunida: comunidad de amigos, comunidad de discípulos, comunidad benedictina, comunidad litúrgica. Un miembro de esta comunidad se ha ido a la Jerusalén celestial. Mientras, su presencia reciente está viva aquí en la iglesia peregrinante en su itinerario al Reino. Cuando hace tan pocos años el edificio de esta iglesia terrena era consagrado y dedicado a Dios, todos cantábamos: Jerusalén, ciudad dichosa, llamada visión de paz, te construyes en los cielos con piedras vivas | de piedras preciosas están formados tus muros, tus torres edificadas de perlas...

Piedras vivas, elementos, piedras angulares, entre ellas brillando quieta aquí para siempre ésta en cuyo nombre hoy nos convocamos, Jaime Eyzaguirre en la oración de los monjes y en la plegaria del pueblo fiel, mientras resuenen en este ámbito las divinas alabanzas y se celebre el misterio que él tanto amó.

Unámonos en la misa, profesemos a toda voz el Credo de la fe de la cual Jaime Eyzaguirre fue recio testigo, aclamemos en la Eucaristía la frase más hermosa que últimamente le regaló la Iglesia de Dios a su alma anhelante de resurrección.

¡Cada vez que comemos de este Pan y bebemos de este Cáliz anunciamos tu muerte, Señor, HASTA QUE VENGAS!

Homenaje benedictino a Jaime Eyzaguirre, apóstol de la acción después de serlo de la oración. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje benedictino a Jaime Eyzaguirre, apóstol de la acción después de serlo de la oración. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa